



Padre Hurtado, S.J.

**Biografía escrita por Renato Poblete Barth, s.j., vocación del Padre Hurtado y gran
continuador de su obra, el Hogar de Cristo.**

El Padre Alberto Hurtado es un santo de este siglo. Conduciendo una camioneta Ford 45 de color verde, recorría las calles del Santiago nocturno, recogiendo niños y ancianos que dormían a la intemperie.

Asimismo, a través de sus programas de radio y sus llamadas telefónicas, movía a los chilenos a la solidaridad.

Por eso, cuando el 16 de octubre de 1994 fue beatificado en Roma, ante casi 10 mil chilenos, el Papa Juan Pablo II expresó: "Hijo Glorioso del continente americano, el beato Alberto Hurtado aparece hoy como un signo preclaro de la nueva evangelización. Una visita de Dios a la patria chilena".

El Hogar de Cristo es un milagro permanente. Es la organización de caridad y de desarrollo humano más grande que existe en Chile, y su sola permanencia y crecimiento es para muchos el gran milagro moral de este sacerdote jesuita. Alberto Hurtado nació en Viña del Mar, el 22 de enero de 1901 en el seno de una familia de abolengo que tenía una pequeña propiedad agrícola, pero cargada de deudas. A los cuatro años su padre murió y su familia se vio obligada a vender ese fundo y tuvieron que trasladarse a vivir a Santiago en casa de unos parientes.

EN EL COLEGIO SAN IGNACIO

En los primeros días de marzo de 1909, Alberto ingresó a primera preparatoria del Colegio San Ignacio. Allí estudió todos sus cursos elementales y Humanidades, egresando en 1917. Posteriormente, rindió el bachillerato e ingresó a estudiar Leyes en la Universidad Católica.

Entre los pocos sacerdotes chilenos del colegio, se destacaba el padre Fernando Vives, quien era muy querido por los muchachos mayores. El propio Alberto Hurtado lo tomó más tarde como padre espiritual.

Aunque Alberto era el menor en edad e intelectualmente no superior a otros, tenía un ascendiente moral inmenso entre sus compañeros, ya que veían en él una piedad sincera y un carácter espontáneo y comunicativo. Infundía respeto y admiración, y muchos no dudaban que podría llegar a ser sacerdote.

¿Cuál fue la verdadera escuela de Alberto Hurtado? La educación que su madre, Ana Cruchaga, le daba en disciplina y cierta rudeza y, al mismo tiempo su ejemplo, pues la veía constantemente dedicada a realizar actividades en favor de los más necesitados, poniendo así en práctica lo que solía repetir muy a menudo a sus hijos: "Es bueno tener las manos juntas para rezar, pero es mejor abrirlas para dar".

EL PADRE FERNANDO VIVES DEL SOLAR: SU DIRECTOR ESPIRITUAL

Alberto Hurtado no tuvo ni siquiera el recuerdo de su padre, muerto trágicamente cuando era muy niño. Tuvo en cambio la fortuna de encontrarse con un hombre extraordinario, un jesuita, muy profundo en el aspecto moral e intelectual -su profesor de Historia- que se transformó en su confidente y director espiritual.

El Padre Vives había ingresado al Noviciado de los jesuitas a los 26 años para poder "servir mejor a los demás", según sus escasas confidencias.

En 1910, recién ordenado sacerdote y a la edad de 43 años, volvió a Chile, pero sólo por dos años, pues al tratar de servir mejor a los demás, en este caso a los alumnos del colegio, se encontró en permanente choque con quienes pensaban el servir de otra manera. Él sabía que los problemas de los niños, aunque pequeños para los adultos, eran enormes para ellos y había que prestarles atención. Estas ideas tan sencillas trajeron factores de perturbación, ya que rompían moldes de aparente disciplina.

Por otra parte, la vocación del Padre Vives era clara y precisa: Ayudar a los obreros, dedicar su vida a ellos. Y enfocaba valientemente el problema: "No basta protegerlos, es necesario darles el lugar que por su dignidad humana les corresponde en el mundo entero". Por ello, de la noche a la mañana, fue enviado de nuevo a Córdoba, por "prudencia", para evitar complicaciones.

En tanto, Alberto, impulsado por su generosidad, hubiera querido ingresar al Noviciado aún antes de terminar el Bachillerato, pero prevaleció el consejo de su director espiritual.

La celda del Padre Vives era el centro de reunión de los jóvenes que se sentían atraídos por el impulso apostólico que proponía el nuevo catolicismo social. Allí la Encíclica Rerum Novarum de 1891 era estudiada y desmenuzada, descubriendo en ella la solución a los problemas obreros.

La decisión de ingresar al Noviciado se fue postergando por varios motivos. Su madre necesitaba la ayuda de sus dos hijos, y una serie de problemas económicos le impedían dar el paso con tranquilidad. Ingresó, por lo tanto, a la Universidad Católica y al mismo tiempo prosiguió sus trabajos entre los obreros, sin descuidar su vida de piedad fervorosa.

EN EL CAMPO DE LA POLÍTICA

Mientras iba postergando su ingreso a la Compañía, nada impidió que se insertara plenamente en el mundo social que lo rodeaba luchando por mejorarlo y hacerlo más justo. A Alberto le atraía la política y durante un tiempo asistía por la mañana a clases, y por las tardes desempeñaba el cargo -rentado- de prosecretario del Partido Conservador, donde estaban organizados los católicos de esa época.

Todos los ataques que el Partido recibía recaían en la Iglesia, en vista de su pública alianza con los conservadores. El Partido Conservador se batía heroicamente frente a otras corrientes políticas que, al buscar soluciones al problema social, llevaban también como programa la separación de la Iglesia del Estado, la educación laica, el divorcio. Ellos habían nacido para defender estos intereses y estaban de acuerdo con las normas que el Secretario de Estado de la Santa Sede, Cardenal Gasparri escribía a Monseñor Fuenzalida:

“La opinión de los que quieren separar la religión de la política es errónea y perniciosa. Es evidente que las leyes del orden político no son capaces de producir eficazmente la paz y la tranquilidad de los pueblos si no están impregnadas de la fe cristiana. Obra la falsa prudencia del siglo el pastor de almas que no esclarece los espíritus de los fieles en esta materia; y si no protesta como es preciso hacerlo, contra la autoridad política cuando ésta viola los derechos de la religión y de la Iglesia”.

SU ACCIÓN SOCIAL COMO ESTUDIANTE

Ya desde el sexto año de humanidades, Alberto Hurtado había entrado a trabajar en el Patronato anexo a la Parroquia de Andacollo. Alberto trabajaba en la secretaría, la dirección de la biblioteca y la caja de ahorro de los alumnos de la escuela y del Centro Obrero.

Allí la labor no era fácil dadas las condiciones en que vivía la gente de ese barrio. Era el sector más miserable y abandonado de la ciudad. Calles sin pavimento, verdaderos barrizales en invierno. Los burdeles y cantinas se mezclaban entre conventillos y chozas que se extendían hasta el basural existente junto al río a lo largo de cuadras y cuadras. Ejércitos de ratas, insoportables olores, nubes de moscas invadían todo el barrio.

Durante los cinco años que duró su carrera universitaria, Alberto continuó trabajando en el Patronato, satisfaciendo así la necesidad de apostolado, e impulsado por la convicción de que con ello contribuía a evitar los peligros que veía para el futuro de Chile.

Resonaban en sus oídos y en su corazón las palabras del senador del partido Conservador Juan Enrique Concha, que reconocía con ruda franqueza: "La clase dirigente de nuestro país no se ha preocupado nunca del estudio de los problemas populares. Estos lo van sorprendiendo poco a poco: nota que el pueblo cambia y se les escapa de las manos, incluso en los campos; ve que el proletariado se encamina por sendas tortuosas hacia el provenir; pero ella sigue creyendo que está viviendo todavía en medio del pueblo de cuarenta o treinta años atrás; se ha acostumbrado a considerarse a sí misma intangible en su situación y piensa que el pueblo permanecerá como antes, tranquilo, sin exigencias y totalmente subordinado a sus patrones".

Las palabras de Juan Enrique Concha, fueron como una voz en el desierto.

EL UNIVERSITARIO MÚLTIPLE

Alberto Hurtado fue un buen estudiante universitario. Siempre estuvo entre los primeros alumnos. Así en Derecho Canónico, mientras él se sacaba dos coloradas, su amigo Manuel Larraín por una ironía cruel obtenía dos negras.

Su régimen de vida no era, sin embargo, como la de los otros estudiantes. Se levantaba temprano, oía misa, comulgaba y hacía su meditación diaria. Luego marchaba a la Universidad donde era respetado por sus condiscípulos por esa aureola alegre, confiada y de superioridad que poseía, como fruto de su buena conciencia y de sus nobles aspiraciones.

Por las tardes estaba en su trabajo del Partido Conservador, y durante las horas libres, acudía al Patronato.

Había renunciado a las diversiones propias de su edad: el paseo de la Alameda, los espectáculos y las fiestas. Lo que más le dolía era no asistir a la ópera, que le encantaba, pero prefería mortificarse por amor a Dios.

Con ardor juvenil tomaba parte en las manifestaciones políticas. Los ánimos estaban muy exaltados a raíz de la campaña electoral de 1920. Sería el triunfo del desorden, de la incapacidad y de la demagogia si triunfaba Alessandri. Allí estuvo presente defendiendo su local.

Problemas políticos crearon ficticiamente una tensión con Bolivia y Perú. Mucha juventud se sintió llamada a inscribirse en cursos para suboficiales de tres meses de duración. Alberto Hurtado se inscribió en el Regimiento Yungay. Esos cien días de cuartel resultaron una experiencia, hasta cierto punto, gratificante. La había emprendido -al igual que muchos otros- movido por un sentimiento de sano patriotismo.

El 1º de noviembre, el aspirante Hurtado salía del cuartel de Yungay cumplidos sus deberes militares y cuando las nubes belicosas se habían esfumado. El Presidente de la República, don Juan Luis Sanfuentes firmaba su despacho de Teniente Segundo de Reserva, autorizado por el Ministro de Guerra, don Ladislao Errázuriz, quien por cierto, no podía prever que el flamante teniente le reclutaría más tarde a su hijo para su propia "Compañía".

SE ABRE LA NUEVA RUTA

En 1922 terminó sus estudios universitarios. Y allí estaba ahora preparando su memoria para recibirse. Era necesario investigar la realidad social chilena y allegar datos precisos para una legislación obrera. Así, Alberto escogió para optar al grado de Bachiller el tema “La Reglamentación del Trabajo de los Niños”, aprobado con nota sobresaliente. Ahora su memoria para optar al título de abogado trataba del “Trabajo a domicilio”, donde descarna la situación y malas condiciones en que efectuaban el trabajo a domicilio, las costureras.

¿Qué camino debía tomar luego? Con su título podía dar ahora a su madre lo necesario para vivir, y más tarde pensar en su vocación. ¿Cuánto tiempo más?

No se veía claro el horizonte; no podía abandonar a doña Ana. Decidió intensificar su oración y durante un mes seguido hizo una hora diaria de adoración postrado en tierra en el silencio de la noche con el solo testigo de su confesor, el Padre Damián. Terminó aquel mes con la solemnidad del Sagrado Corazón y ese día, a las tres de la tarde, recibió un telefonazo que le indicaba que todo estaba arreglado. El señor Flores que había comprado el fundo de “Los Perales de Tapihue”, llegaba a una transacción pagando una apreciable suma de dinero para sanear la venta realizada hacía años sin las solemnidades exigidas por ser menores de edad los herederos. Ahora, su madre tenía la cantidad suficiente como para mirar confiada el porvenir.

El camino estaba abierto. Finalmente Alberto podría partir al Noviciado Jesuita.

ALBERTO, EL NOVICIO

En el andén de la Estación Central, doña Ana no dejaba de llorar. Se iba su cariño y su esperanza. Los compañeros de su grupo habían ido a despedirlo y lo acompañarían hasta San Bernardo. Desde allí seguiría sólo hasta Chillán.

El Noviciado de Chillán, fundado un par de años antes, era un caserón inmenso, situado en las afueras de la ciudad. El Padre Ripoll, Maestro de los Novicios, era más bien un hombre severo. Estaba convencido que los novicios chilenos, eran raza blanda y cómoda, debían domar sus cuerpos y endurecerlos. No les permitía el juego del pimpón, ni los baños de tina, y aún miraba con malos ojos las duchas frías con que algunos novicios se "regalaban" a las cinco de la mañana. Las pruebas se sucedían: durante un mes el servicio de los pobres de un hospital en las tareas que les fueran más repugnantes. Otro mes, de peregrinación a pie, viviendo de la limosna. El desempeño de todos los oficios más humildes de la casa y más aún, aquellos que más repugnaban los gustos de cada cual: barrer, fregar la loza, limpiar ollas, asear servicios higiénicos, etc.

Al final del día el cansancio era tal que apenas se mantenían despiertos para "darse la disciplina". Esto es azotar su cuerpo con una cuerda. En esa época parecería que conducía a la formación de hombres cuya voluntad se endurecía y se dominaba así el cuerpo.

Todo esto conducía a formar una personalidad férrea que lograría disciplinar el cuerpo y la mente y así se preparaba "el espíritu jesuita" de disciplina, obediencia y entusiasmo para lograr "la mayor Gloria de Dios".

VIAJANDO POR EL MUNDO

Después de estar en Chillán, viajó a Córdoba, Argentina, a comienzos de 1925 a estudiar Letras Humanas, cuya médula era la formación clásica basada en la cultura grecolatina.

Al cabo de dos años se trasladó a Barcelona, España, donde tuvo la alegría de abrazar a su querido Padre Vives y conversar largamente con él.

Tuvo que interrumpir sus estudios de filosofía en España y terminarlos en Irlanda, pues los tiempos no estaban tranquilos en la Península. Caía la monarquía y era suplantada por la república.

Al término de sus estudios en Irlanda fue enviado a Lovaina, Bélgica, para estudiar teología, acercándose cada vez más al momento de llegar al sacerdocio.

“SACERDOTES, BENDÍGOLES”

Lovaina era una ciudad curiosa. Sobre cuarenta mil habitantes, ocho mil eran estudiantes, la mayor parte con sotana. Se les encontraba en todos los lugares: en la Catedral, en la biblioteca, en los bares del centro. Venían de todas las regiones: austriacos rubios y regordetes; yanquis atléticos y muy altos; sudamericanos morenos y de mediana estatura. De todos los continentes acudían a la célebre Universidad.

Era superior de esa casa el Padre Janssens, quien llegó a ser después Superior General de la Compañía. Al llegar Alberto se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras. Y luego, por un privilegio especial, también en la de Teología. En esa forma, estudiando ambas cosas a la vez, el tiempo libre para corretear por la ciudad era escasísimo.

Pasaron los años de estudio y llegó el día de la ordenación sacerdotal. Su corazón se conmovió y lloró de alegría cuando el Cardenal Van Roey, Arzobispo de Malines lo ungió sacerdote. Allí estaba Álvaro Lavín para ayudarlo en su primera Misa. También, estaban los miembros de la Embajada Chilena representando a la patria lejana.

Ese mismo día le puso un cable a su madre, diciéndole simplemente: “Sacerdote, bendígoles”. Era el coronamiento de un largo camino. Era el 24 de agosto de 1933.

SU VIDA: UN TORBELLINO

Estuvo dos años más en Europa logrando con gran distinción, su título de Licenciado en Ciencias Pedagógicas. En diciembre de 1932, un decreto del Ministerio de Educación de Chile lo comisionó para estudiar “ad honorem”, en Bélgica y Alemania, “la pedagogía en la enseñanza secundaria”; lo que le permitió también viajar a Italia y Francia.

El Padre Alberto Hurtado presentía que su vida se convertiría en un torbellino. Tenía 34 años e iba a comenzar a vivir a la edad en que el común de los hombres navega ya mar adentro por la vida. Y le parecía que la suya no sería larga. Por eso, era necesario trabajar.

A fines de 1935, Europa mostraba claros síntomas de una gran locura. Iba derecho a un tremendo matadero. Las juventudes eran subyugadas por el auge de los movimientos nacional socialistas, y todo eso lo pudo palpar Alberto. En Roma, en la Plaza de Venecia, tuvo la oportunidad de confundirse con la muchedumbre de jóvenes fanatizados, que sin cesar gritaban ¡Duce!, ¡Duce!, ¡Duce! a Mussolini, quien con frases cortas y enérgicas los incitaba a prepararse para la guerra. Así los lograba embriagar salvajemente. Italia había sido lanzada a la imperial aventura de Etiopía.

En Alemania, un caudillo enigmático enardecía también a los jóvenes y adultos hasta hacerlos aullar de entusiasmo, desfilando con el brazo extendido en medio de un bosque de banderas. Muchachos capaces del más grande de los sacrificios, el de sus propias vidas.

Junto al latir del patriotismo, también contempló cómo organizaciones católicas lograban entusiasmar con una mística espiritual a esa misma materia prima apta para las grandes causas.

En Bélgica y Francia observó a la juventud obrera JOC, recordando una verdad olvidada: que Cristo había sido obrero, era obrero y con las mismas necesidades que ellos. Las juventudes se movían impulsadas por una MÍSTICA, bastaba saberla despertar.

Mediaba ya el mes de enero de 1936, cuando Alberto se embarcó, con su caudal de conocimientos y su cargamento de libros de pedagogía, en el Capitán Arcona rumbo a Buenos Aires. Un viento glacial que barría el mar del Norte lo despidió de Europa.

EN MEDIO DE LA JUVENTUD CHILENA

No había pasado un mes y ya el Padre Hurtado se encontraba en el Colegio San Ignacio, ejerciendo su apostolado. Pronto los jóvenes advirtieron que su profesor era distinto de los demás. Se sentían más comprendidos, porque les daba mayor responsabilidad y confianza. Estaba compenetrado de la idea básica de toda la pedagogía, y le gustaba repetir el pensamiento de Dewey: "La educación es vida, no preparación para la vida".

Y este hombre, que vivió la política, que fue apóstol social con conocimiento de causa, exclamaba: "El más grave de los problemas chilenos es el orden humano, es la falta de una verdadera educación. Problema éste más grave aún que el problema de la escasez de salarios, la lucha de clases, los conflictos políticos y aún la misma desorganización de la familia, porque encierra en sí todos estos problemas y los acrecienta".

Es mucho más fácil enseñar que educar -decía- para lo primero basta saber algo, para lo segundo hay que ser algo. Para que el ejemplo resulte comunicativo no basta la elevación moral; debe establecerse una relación de simpatía entre el maestro y el discípulo, de manera que aquél sea una especie de padre o hermano mayor.

A los 35 años, el Padre Hurtado se encontraba con los muchachos de 16 y 17 años, con un alma capaz de vibrar con las mismas inquietudes que ellos, de manera que le era muy fácil entregarle toda su confianza y amistad. Sobre esos sentimientos, le resultaba muy fácil a este sacerdote y al hombre, ya intelectualmente maduro, ejercer una influencia poderosa.

Con rudeza enérgica y viril, pedía decisiones francas, apelaba al sentido del honor, al instinto caballeresco y esto atraía a la juventud que no gusta de posiciones acarameladas.

Las fuerzas emotivas que se hallan en los jóvenes deben ser aprovechadas. "Hay que darles un ideal para que cristalicen todo lo que es bello, noble, armonioso, que por el solo hecho de serlo, educa". Nada peor que matar los sentimientos: el ambiente de egoísmo que se respira en muchos hogares de la gente acomodada, que el colegio suele prolongar, puede ser fatal para el buen desarrollo de las virtualidades del alma de los jóvenes.

Era el hombre práctico que no jugaba con la persona humana, como se hace con un conejo de laboratorio sujeto a experimentación, sino que se la considera como el rey de la creación.

Con todo empeño se dedicó a cultivar en sus jóvenes las cualidades humanas: sinceridad, rectitud, hombría, independencia. Estos serían los cimientos de las virtudes sobrenaturales.

LA CRISIS DE LA PUBERTAD Y LA EDUCACIÓN DE LA CASTIDAD

En 1936 inició su actividad pública con un ciclo de conferencias en la Universidad Católica, tituladas "La educación de la castidad". Aunque desilusionó un tanto -no por el tema que abordó, que atrajo a gran número de concurrentes, sino por su falta de práctica en la oratoria. No se dejó por ello amainar, sino que rápidamente tomó clases de oratoria con el Padre Juan María Restrepo, con evidentes progresos.

Estas conferencias fueron publicadas en un libro titulado: "La crisis de la pubertad y la educación de la castidad". Más tarde, en 1938, completó sus pensamientos al respecto con "La vida afectiva en la adolescencia".

La verdadera formación juvenil lo llevó a este tema, no como el central, sino en concordancia con todas sus ideas pedagógicas. Lo que él exponía en esta materia, no eran novedades absolutas, pero sí poco utilizadas en Chile. Sin embargo, lo que le daba más que nada su fuerza y atractivo, era el ardor contagioso, el entusiasmo, la convicción profunda con los que vivía y predicaba un sacerdote joven, alegre y simpático, que animado de una caridad desbordante, daba el ejemplo de un cristianismo dinámico y conquistador.

"La pedagogía sexual no es una pedagogía aislada, sino un resultado de la educación del carácter". E insistía en esta idea al expresar: "La sola iniciación sexual no es adecuada cuando la violencia de los impulsos inferiores no está contenida por una formación general y metódica del carácter, ante todo por una gimnasia o ascética de la voluntad. La preparación de la voluntad es mil veces más importante que la preparación de la inteligencia".

En su libro nos indica los medios para trabajar en los jóvenes la castidad: "La lucha indirecta contra la impureza es más eficaz que la lucha directa. Hay que comenzar con ejercicios de voluntad sobre otros puntos que no tengan nada que ver con la castidad, para aumentar la confianza en las propias fuerzas a la vista de los triunfos que irá obteniendo con la ayuda de la gracia".

Quería jóvenes con mística, con generosidad; por eso con verdadera pena veía a muchos que no buscaban sino su egoísmo, y ponía el dedo en la llaga: "Los adolescentes que flirtean, se exponen a llevar una vida muy superficial, a gastar el tiempo, las energías y el dinero en exterioridades, sobre todo en arreglarse para impresionar a la persona que pretenden. En el fondo su actitud es egoísta. Los adolescentes que llevan esta vida de paseos, de fiestas, de pololeos, son en general de menor valor en ambos sexos, lo que hace que, lejos de enriquecer su personalidad con el trato mutuo, la empobrezcan y se contenten con manifestaciones puramente exteriores de amor. Estas almas que no aman profundamente, tampoco tienen fe en ninguna causa grande.

Quien se contenta con dar el gran capital de su alma por cosas de poco precio, no conserva caudal para adquirir objetos de verdadero valor".

EL MÁS GRAVE PROBLEMA: CRISIS SACERDOTAL

Un asunto le preocupaba al Padre Hurtado, desde hacía mucho tiempo. El hecho de que en Chile no hubiese sino poco más de 800 sacerdotes chilenos era un índice acusador del decaimiento del espíritu cristiano en el país. Si el número no aumentaba, el país dejaría paulatinamente de ser católico.

Llevado por este pensamiento, ya el mismo año de su llegada a Santiago, publicó un folleto titulado: "La crisis sacerdotal en Chile".

Así su apostolado se encaminó especialmente hacia la juventud universitaria, tal como diría más tarde, al publicar "Elección de Carrera", en 1943. Ahí explicó que su trabajo iba dirigido "Hacia los jóvenes que tienen aspiraciones e inquietudes, no para los que son mundanos y quieren seguir siéndolo, no para aquéllos cuyo ideal de vida es solamente gozar y pasarlo bien. No para los flojos, ni para los espíritus pequeños, sin capacidad de sacrificio, sin altura de miras, sin amor al prójimo".

Numerosos jóvenes acudieron a él para la dirección espiritual, para los retiros, logrando el más notable reclutamiento sacerdotal efectuado en Chile.

Poco antes de la iniciación del Congreso Eucarístico de 1941, el Padre Hurtado impactaba tremendamente a la juventud y a los adultos con su libro: "¿Es Chile un país católico?". Tal vez nunca, un sacerdote chileno se había atrevido a consignar en un libro de análisis más crudamente realista el espectáculo que el país ofrecía a la conciencia católica.

En sus páginas desfila la miseria de nuestro pueblo, cuya raíz principal "es la falta de cultivo religioso de las masas y de los grupos de selección, que acarrearán un debilitamiento de su fe".

Nos hace palpar casi la desaparición de la vida cristiana en algunas regiones. He aquí una de las tantas cifras que él nos dio: "Parroquia nortina de 9.000 habitantes con cinco oficinas salitreras que atender. Asisten a la Santa Misa 60 mujeres y 10 hombres. Cumplen con la Iglesia 60 personas, y sólo 40% reciben los sacramentos en vísperas de su muerte. Un 55% de las uniones son ilegítimas. No hay escuelas parroquias, y en las escuelas del gobierno un solo profesor enseña religión, 20 niños asisten al catecismo, una sola persona paga el dinero del culto."

No se puede dejar de citar un trozo angustioso del Padre Hurtado, es un grito que arranca lastimero de su corazón: "Nuestra más grave crisis, es crisis de fe, que se origina en gran parte en la falta de cultivo espiritual y se traduce luego en mayor escasez de sacerdotes que reanimen la vida interior".

"La falta de sacerdotes, bien lo comprendemos, no es solamente problema de número. El problema sacerdotal encierra, pues, un problema de santidad en primer lugar; de correspondencia a la gracia; de abnegación; de formación seria y profunda en las disciplinas sagradas y en los conocimientos humanos. El sacerdote es mediador entre Dios y los hombres, instrumento en manos del Redentor para

salvar a los hombres, y el instrumento debe estar unido a la causa que lo mueve y al objeto a que se aplica”.

Al término de su libro se pregunta: “¿Qué actitud tomarán los jóvenes ante la horrible tragedia espiritual de su patria?”. Al poco tiempo, el noviciado de los jesuitas se hacía estrechísimo, era necesario ampliar, construir una nueva casa de formación para recibir a decenas de muchachos que pedían ingresar a la Compañía.

LIMOSNERO Y CONSTRUCTOR

¡Los jesuitas pidiendo limosna! Había que hacerlo, porque necesitaban impescindiblemente construir un Noviciado para sus futuros religiosos. El de Chillán ya no daba para más. El futuro comenzaba a verse promisorio. De siete novicios ahora había 37, fuera de los estudiantes de Filosofía y Teología.

La elección de Marruecos, hoy Padre Hurtado, se debió a la donación de unos terrenos situados allí, que hicieron don Alberto Tagle y su esposa.

El encargado oficial de la Compañía fue el Padre Hurtado. Como sobrino del Ministro de Relaciones Exteriores, don Miguel Cruchaga Tocornal, tenía amplias relaciones para emprender la tarea.

Empezó pues a pedir limosna a las familias acaudaladas y por medio de la publicación mensual "Para los amigos de la Compañía de Jesús en Chile" hacía su propaganda para obtener dinero.

El 9 de octubre de 1938 se colocó la primera piedra y dos años más tarde tenía terminado el edificio con capacidad para 100 estudiantes.

El resultado de todos los factores que jugó el Padre Hurtado hizo que nuevamente se pusiera en campaña, cuando se trató de poner en marcha la construcción de un nuevo edificio para el colegio de "San Ignacio".

Años más tarde, como veremos, construyó el Hogar de Cristo, lo que prueba el perfeccionamiento singular que alcanzó en el campo de limosnero, aprovechando su simpatía personal, como recordando los deberes de la riqueza que tocaba la conciencia de sus oyentes, rubricados con su actividad apostólica.

ASESOR DE LA ACCIÓN CATÓLICA

Al comenzar el año 1941, Monseñor Salinas fue nombrado Obispo Auxiliar de Santiago. Monseñor Manuel Larráin era por su parte Obispo de Talca. Así dos de los piadosos alumnos de la universidad de otro tiempo y grandes amigos del Padre Hurtado se habían convertido en Obispos y pastores de la Iglesia Chilena.

Era natural, inevitable quizás, que al asumir su cargo Monseñor Salinas pensara en el Padre Hurtado para Asesor de la Acción Católica de Santiago. Poco después fue nombrado asesor para todo Chile.

En el fondo de su alma y a pesar de la indiferencia que recomienda San Ignacio, el Padre Hurtado tenía que haber estado esperando siempre una ocasión así, que le permitiría un apostolado con toda la juventud de su país. ¿No había sido toda su vida una apreciación para eso, guiada por la Providencia?

Sabía las dificultades que encontraría. Las circunstancias políticas hacían recelosos a los católicos; pero ello no tenía ninguna importancia; todo lo contrario, era una ocasión más para que el amor de Cristo pusiera unión y caridad allí donde había división y desconfianza.

“¡Contento, Señor, contento!” Y sin necesidad de persuadirse de que debía estarlo, el Padre Hurtado aceptó el cargo y agregó un inmenso trabajo, al muy grande que ya tenía.

Los muchachos de la Acción Católica y los dirigentes conocían ya al nuevo asesor. Pero, la realidad superó sus expectativas. En el hecho fue así como una tromba marina que hacía esfuerzos infinitos para convertirse en suave brisa. En su papel de asesor debía simplemente “asesorar” y no hacer las cosas él mismo.

Para llevar adelante esta acción se creó una especie de lema: “Formar al hombre, formar al cristiano, formar al jefe”.

“Para ser cristiano hay que ser muy hombre”, les repetía a sus muchachos.

Así la exaltación de las virtudes humanas, como base de las sobrenaturales, el llamado a la disciplina, al sacrificio, al sentido de responsabilidad, tenía que crear un nuevo tono vital en la Acción Católica, un nuevo tipo de joven católico, que tenía por modelo a un individuo alegre, resuelto, combativo, dispuesto al sacrificio y a la abnegación, un hombre, en fin, con pasta de jefe, capaz de arrastrar y dirigir a los demás.

Por otra parte, un Jeremías no sirve para jefe. Al jefe le corresponde dar el ejemplo, y trabajar con constancia y con alegría, disciplinado y sonriente. La alegría ha de ser su nota distintiva.

Un proverbio inglés -añadía- dice que en toda empresa se requieren tres hombres: un soñador, un trabajador y un organizador. El jefe debe ser la síntesis de los tres.

El Padre Hurtado se había acostumbrado a llamar a los jóvenes con el cariñoso nombre de “Patroncitos”. Cualquier interlocutor suyo era un “Patroncito”, como hijo del verdadero Patrón que es Dios. Así se ganaba fácilmente la confianza de su gente sin perder su autoridad y bonhomía.

Los muchachos se entusiasmaron con él de manera que iban a esperarlo a las estaciones con carteles y letreros como a un caudillo.

Y verdaderamente era un caudillo de la causa del Reino de Cristo.

Para un número creciente de muchachos la figura de Cristo comenzó a tomar una realidad, un color, un relieve, una fuerza, un atractivo que ni habían sospechado en las desteñidas explicaciones del catecismo o del Evangelio que habían oído.

Somos sal de la tierra y fermento de toda la masa, luz puesta en lo alto del monte para que ilumine a toda la tierra.

La juventud entendió este lenguaje. Llenaron los teatros, incluso el Caupolicán el 15 de agosto, día del joven católico. Salieron a las calles en interminables desfiles de antorchas. Los 1.500 jóvenes distribuidos en 60 centros que recibió el Padre Hurtado, bien pronto se multiplicaron por diez. En 1944 había 15.000 y 600 centros organizados.

CRÍTICAS Y ACUSACIONES

Pronto comenzaron las críticas, porque los envidiosos no faltan nunca.

Empezaron por decir que todo esto de Cristo Rey, de desfiles, concentraciones, banderas al aire, tenía demasiado parecido con lo que hacía la juventud fascista e hitlerista, que estaba en sus mejores tiempos de guerra.

Luego acusaron al Padre Hurtado de no haber sabido unir a los católicos. Hubo otras acusaciones más; pero todas tenían como fondo un asunto meramente político. Como la gota que horada la roca, poco a poco estas imputaciones hicieron mella.

Y así un buen día el Padre Hurtado se vio obligado a presentar su renuncia, la que fue aceptada. Esto le produjo un gran dolor en el alma, porque al saber lo infundado de las acusaciones, esperaba de su amigo, Monseñor Salinas, un respaldo para su acción y su trabajo. Resignado dejó a su querida Acción Católica en su punto más álgido, diciendo como siempre: "Contento, Señor, contento".

En realidad era la mano de Dios la que había actuado porque nuevos y más importantes trabajos esperaban al Padre Hurtado.

NACE EL HOGAR DE CRISTO

Una noche regresando a la iglesia San Ignacio, el Padre Hurtado se encontró con un hombre enfermo, maltrecho, que no había comido ni tenía dónde pasar la noche. Él lo ayudó como pudo; pero ese hecho golpeó fuertemente su corazón. ¿Qué hacían los católicos para ayudar a los que no tenían techo?

De aquí surgió la idea de fundar una hospedería que llamó Hogar de Cristo.

Comenzó a insistir en esta idea en los Ejercicios Espirituales que habitualmente predicaba en la Casa de Marruecos.

Al fin pudo formar un directorio de seis miembros, más él como asesor, y una treintena de señoras dispuestas a cooperar.

En los terrenos adyacentes a la Parroquia de Jesús Obrero comenzó a levantar pabellones para dar albergue a los necesitados y como, otras veces, se lanzó a pedir limosna para su nueva obra.

En 1945 tenían ya cinco pabellones listos y había dado alojamiento a unos 12.000 indigentes.

Pero si las hospederías del Hogar servían para los adultos, nada se había hecho para los niños abandonados que vivían bajo los puentes del Mapocho o dormían en cualquier portal.

Con su corazón grande que no se achicaba ante las dificultades, comenzó también a pensar en ellos. Esta debería ser una obra más estable, porque había no sólo que albergarlos, sino reeducarlos.

Un bienhechor le regaló unas cuadras de terreno cerca de la estación de Colina y allí empezó la construcción de un hogar para los menores.

Al principio se hizo cargo de ellos el Presbítero Alfredo Ruiz Tagle, y luego se entregó la obra a la Congregación de los Hijos de Don Guanella que la regentaron por muchos años.

Los niños estaban una noche y luego se marchaban a su libertad, pero poco a poco fueron comprendiendo que allí tenían un porvenir asegurado.

Se fundaron talleres para darles una profesión y la obra dio el resultado esperado.

Sólo que el Padre Hurtado se preguntaba con angustia: ¿Cuántos de estos hogares necesitamos en Chile para resolver el problema de la vagancia infantil? Para eso se necesitaba el concurso de todos los chilenos.

LOS JÓVENES EN BUSCA DE GUÍA

Ya en el año 1939 cuando trabajaba para la recolección de fondos para el edificio del Noviciado, había obtenido después de laboriosas gestiones y como concesión muy especial que le instalaran un teléfono particular en su celda. Era el único jesuita en San Ignacio que lo tenía y pagaba caro su privilegio, porque el endiablado teléfono repiqueteaba cada dos o tres minutos a las horas que se sabía que su dueño estaba en casa.

Cuando la campanilla sonaba, éste se hallaba, por lo general, atendiendo alguno de los doscientos o trescientos jóvenes que lo consultaban habitualmente y que se veían obligados a esperar turno en el cuarto, que al lado de su dormitorio, servía de antesala.

El que estaba allí exponiendo su asunto se encontraba ya nervioso porque sabía que afuera esperaban un caballero y tres jóvenes más, que el Padre había salido ya dos veces, llamado urgentemente a la portería por alguna señora, y porque con éste eran ya tres los llamados telefónicos que habían venido a interrumpir la conversación.

Sin embargo, el Padre levantaba el fono, decía "aló", y una alegre sonrisa le iluminaba el rostro:

- ¿Cómo está señora Rosita? Tanto gusto de oírla. ¿Qué se le ofrece?
- ¡Pero, cómo no!...
- Claro, encantado.

Si el visitante era de confianza, el Padre Hurtado le hacía gestos desesperados, mientras desde el otro extremo del hilo fluía la cháchara incontenible de alguna buena señora que quería saber qué podría hacer en el caso de su hija Mónica que estaba pololeando con un joven...

Entonces solía tapar con la mano un extremo del fono y le decía al visitante: Patroncito, no quiero hacerte perder más tiempo. Otro día conversamos más de eso. Y no te preocupes, ten confianza en "el Patrón".

Antes de cerrar la puerta, mientras el que seguía se levantaba de su asiento para entrar, el que salía alcanzaba a oír una vez más:

- ¡Pero, claro, con todo gusto!

Así atendía, sin cansarse, una y otra vez, con la sonrisa en los labios, y con infinita paciencia a todos sus patroncitos.

Ya San Francisco de Sales había dicho que se cazan más moscas con una cuchara de miel que con un barril de vinagre. Y el Padre Hurtado aplicaba la máxima inflexiblemente.

LA MARCHA DEL HOGAR HASTA HOY

El Hogar de Cristo seguía adelante a base de milagros. En 1949 llegó efectivamente a dar alojamiento a 141.000 personas, y repartir 373.000 raciones alimenticias.

Una noche en que el directorio no le quería aprobar un nuevo proyecto, estaban discutiendo, cuando llaman al Padre Hurtado a la portería. Era una señora de apariencia más bien modesta que venía a dejarle una limosna para el Hogar de Cristo. El Padre le agradeció, la acompañó a la portería y se puso el sobre en el bolsillo. Luego volvió a la reunión. Abrió el sobre y leyó. Luego, antes de sentarse, les dejó el cheque sobre la mesa y les dijo:

– Aquí tienen, hombres de poca fe.

Era un cheque por un millón de pesos.

Así en realidad vivía y crecía el Hogar. De la caridad ajena enviada por la Providencia porque se trataba de un hombre que no sólo pedía caridad, sino que la ponía en práctica.

Fue así como el Padre Hurtado comenzó a convertirse en una figura popular. Hablaba por la radio, daba conferencias, escribía en la prensa. Se supo, y él mismo lo contaba, que tenía una camioneta verde en la cual salía en invierno a medianoche a recoger a los pelusas que dormían acurrucados en cualquier parte; que pasaba con ellos a una cafetería para darles algo caliente y llevarlos luego al Hogar donde los esperaba una cama limpia y abrigada.

La gente contribuía con sus limosnas porque era una obra que les llegaba al corazón.

Una noche el jesuita que cuidaba el Hogar advirtió que un muchacho encendía la luz a la cabecera de la cama. Se acercó y le preguntó:

- ¿Tienes miedo de la oscuridad?
- No, Padrecito, cómo se le ocurre.
- ¿Y entonces...?
- Es que yo estaba acostumbrado a dormir debajo de un farol.

Así vivían esos pobres hijos de Dios, que el Padre Hurtado recogía regularmente. Desde su lecho de enfermo poco antes de morir decía: "a medida que aparezcan las necesidades de los pobres, que el Hogar de Cristo busque cómo ayudarlos como se ayudaría al maestro".

El Hogar de Cristo llegó a ser como él dijo. Una obra del conjunto de chilenos de corazón generoso. Él quiso a su obra de caridad evangélica, es decir universal, sin la menor excepción de personas e ideologías, buscando en todas sus secciones la manera de servir y amar a todos lo que necesitaran de este servicio y de este amor. Hoy la forma como ha crecido su obra es un verdadero milagro.

Este Hogar es el que hace recordar su nombre y su acción, que constituye a juicio de muchos, un milagro patente debido a su intersección.

Hoy está extendido en más de cien ciudades y tiene más de 800 centros donde se da atención a través de guarderías infantiles; hogares para niños; centros de atención diurna para menores; trabajo con niños de la calle; talleres prevocacionales para nivelación educativa y capacitación en algún oficio para los jóvenes; comunidades terapéuticas para muchachos que han caído en la drogadicción o que se están rehabilitando después de haber estado en las cárceles.

Hogares para ancianos, centros de atención diurna para senescentes, sin tener que dejar su hogar, más de 60 hospederías para todos aquellos que no tienen donde dormir ni qué comer. También con minusválidos y deficientes mentales. Y ayuda intrafamiliar para formar a la familia capacitándola, de modo que pueda volver a integrar a sus hijos.

A través de policlínicos, da una respuesta a la salud de los más pobres.

Todo este trabajo se realiza gracias a que el Hogar ha despertado una conciencia social en el país, que hace que cerca de 600.000 personas ayuden como socios mes a mes a la mantención de esta obra.

LA ASICH: A FAVOR DE LOS OBREROS

¿Qué se había hecho en el campo católico por los obreros? Nada o casi nada. Las semanas sociales en Francia le indujeron a emprender alguna obra a favor de ellos para cumplir las encíclicas pontificias.

Surgió así la Acción Sindical y Económica Chilena (Asich). Al cabo de su primer año, la Asich comenzaba a funcionar. Tenía una sección de Obreros, una cincuentena, que se reunía por grupos en cursos de formación sindical, y otra de empleados que podía agrupar a un mayor número, y a dirigentes ya formados y fogueados.

Al término de la Conferencia Episcopal de 1950, Su Eminencia el Cardenal Caro, en carta dirigida al Padre Hurtado, le escribía: "La Conferencia Episcopal ha creído conveniente, junto con alabar el celo y abnegación de los que trabajan en una obra de tanta urgencia y necesidad cuál es la acción sindical, reconocer a la Asich como la institución donde los católicos pueden cumplir su acción sindical, dentro de las doctrinas de la Iglesia y en íntima colaboración con las otras iniciativas que el Secretariado Económico Social promueve".

"Con el fin de unificar y promover más esta acción sindical, deseamos vivamente que las demás instituciones que trabajan en el apostolado obrero presten a la Asich la necesaria cooperación que las necesidades de los tiempos y los apremiantes llamados de Su Santidad exigen".

La Asich contaba, pues, con la aprobación de la autoridad eclesiástica y se estableció en varias diócesis de Chile, principalmente entre los obreros del campo. Pronto tuvo un periódico quincenal cuyo tiraje era de 3.500 ejemplares. Su finalidad era unir a los obreros, hacerles conocer las encíclicas papales, y promover su bienestar mediante el cumplimiento de la justicia social.

Esta prédica no dejó de molestar a los patrones, y el Padre Hurtado tuvo serios disgustos, tanto que medio en serio, medio en broma, se atrevió a escribirle al Padre Weigel, su amigo, a Estados Unidos: "Búsqüeme un lugarcito por allá por si de repente se descubre que debo ir a estudiar un poco...".

Pero era otro y muy diverso el camino el que la Providencia le tenía reservado.

LA REVISTA MENSAJE

La última de sus grandes realizaciones apostólicas fue la revista Mensaje. Él la ideó y deseó francamente que tuviera información y orientación católica amplia, es decir, no circunscrita a alguno o algunos puntos determinados, sino de orientación general.

Dentro de lo que desde el principio de su actividad apostólica observó, es decir la ignorancia religiosa, que lo había movido a escribir su obra ¿Es Chile un país católico?, lamentaba la desorientación existente, aún en gente culta, acerca de puntos importantes, tanto en el orden religioso, como social y aún cultural.

Durante años pensó en la posibilidad de una revista para obviar y satisfacer esa necesidad, pero sólo la pudo realizar a fines de 1951 cuando ya tenía los primeros síntomas de la enfermedad que cortarían su enorme actividad y fecunda vida. Con gran consuelo alcanzó a ver en su lecho de enfermo los primeros números de su querida revista. Él escribió su primer editorial, y después se han publicado en ella varios artículos suyos. En ese primer editorial decía: "Hoy, primero de octubre de 1951, nace nuestra revista. Ha sido bautizada Mensaje, aludiendo al mensaje que el Hijo de Dios trajo del cielo a la tierra y cuyas resonancias nuestra revista desea prolongar y aplicar a nuestra patria chilena, y a nuestros atormentados tiempos".

"Quienes emprenden la publicación de Mensaje saben, sobradamente, que no serán capaces de ofrecer un pensamiento siempre adecuado a problemas que sobrepasan las fuerzas no sólo de muchos hombres, sino hasta del espíritu humano. Pero confían en Aquel que es Padre de la luz y por cuyo amor inician esta obra; confían en la dirección doctrinal que emana continuamente de la Santa Sede y del Episcopado, apoyo precioso para comprender mejor la verdad y evitar errores...".

"Y aun sintiendo la desproporción de las fuerzas para la tarea Mensaje pretende ser un estímulo para realizar el audaz pensamiento de S.E. el Cardenal Saliege: "Nosotros somos en parte responsables del destino de la humanidad. Estamos llamados a hacer la historia, más bien que ser moldeados por ella. Demos muestra de imaginación creadora. El pasado vive en el presente. El presente lleva en sí el porvenir. ¿Cuál será el mundo del mañana? Lo que lo haga nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad".

LA MUERTE DE UN SANTO

De improviso su estructura física cedió. Comenzó a encontrarse enfermo y sin fuerzas. Fue a descansar a Calera de Tango, luego a Valparaíso. Nada; el mal continuó adelante. Visitó médico porque los amigos lo llevaron a la fuerza.

Exámenes y exámenes. Al final el doctor Armas Cruz meneó la cabeza. Esto parece cáncer al páncreas. Y a pesar de que todo el mundo se resistía a creerlo, así fue.

Lo hospitalizaron en la clínica de la Universidad Católica. Y de allí no volvió a levantarse.

Cuando su compañero y Superior Álvaro Lavín, le avisó que la enfermedad era mortal, se quedó tranquilo y murmuró su famoso: "Contento, Señor, contento".

Por su pieza comenzaron a desfilar miles de personas que querían despedirse. Diputados, senadores, la esposa del Presidente, el Cardenal, el Nuncio, las señoras del Hogar de Cristo, sus primeros pelusitas -convertidos en caballeros-, sacerdotes y muchos más.

Él, sonriente los recibía a todos y no mostró jamás miedo o amargura. A un Obispo que le preguntó si estaba resignado, le contestó: "Resignado no, Monseñor. Estoy contento de ir al cielo".

¿Qué decirle a un enfermo así? Era un santo el que se moría y todos salían de su pieza hondamente impresionados.

Seis meses duró la enfermedad. Al fin, el 18 de agosto de 1952 rodeado de sus hermanos de religión y de muchas otras personas, entregó su alma privilegiada a Dios, Nuestro Señor, con toda placidez y tranquilidad. Tenía cincuenta y un años. Así fue y murió Alberto Hurtado Cruchaga.

De él se puede decir lo que canta la escritura: Viviendo pocos años cumplió muchos tiempos.

Monseñor Manuel Larraín en la oración fúnebre dijo que habíamos tenido una visita de Dios en nuestra Patria. Que el gran apóstol de Cristo había partido a encontrarse con el Padre Dios. Han pasado los años y Alberto ha sido Beatificado y en abril de 2004 el Santo Padre firmó el decreto de canonización (santo Universal).

Es notable que el Congreso Nacional por unanimidad para recordar el día de su muerte haya establecido en 1992 en todo el país, el "Día de la Solidaridad". Son innumerables las calles, plazas, colegios y otras instituciones que hoy llevan su nombre. Al Santuario que se ha edificado recientemente junto al Hogar de Cristo, llegan miles de personas a encomendarse a él o pedirle algún favor. Pero más que nada, a recibir la paz de su espíritu y a conocer también la vida de este Hombre Santo.

